

The background is a soft, teal-colored landscape. It features a body of water in the foreground, with a forested shoreline and misty mountains in the distance. The overall atmosphere is serene and ethereal.

LEYENDAS DE MONUMENTOS CORDOBESES

IES MEDINA AZAHARA

MEZQUITA-CATEDRAL. LEYENDA DEL CAUTIVO

La leyenda del Cautivo se remonta al tiempo de la Córdoba árabe. Había un joven cristiano que trabajaba en unas huertas muy cerca de Córdoba. Se enamoró de una joven árabe que iba a comprarle flores y frutas, le pidió que se casara con él y ella le prometió convertirse al cristianismo y hacerlo. La joven tenía un hermano con gran influencia en la corte, y la noche en que iban al bautismo de la muchacha, le salieron al paso unos soldados enviados por su hermano, que mataron a la joven y tiraron su cuerpo al río. Dicen que el cuerpo iba sobre el agua alejándose de Córdoba y que brillaba como si estuviera rodeado de estrellas. Al joven lo apresaron y lo ataron a una de las columnas de la Mezquita, expuesto al desprecio de la gente. Se consolaba dibujando pacientemente con la uña una cruz en el mármol de la columna. Cuando los árabes se dieron cuenta de que la cruz que había rasgado no se podía borrar, ahorcaron al cautivo en uno de los arcos, y luego lo echaron al río Guadalquivir para que fuera rápido a encontrarse con su prometida a las puertas del paraíso. En el siglo XVIII se colocó una barandilla de hierro alrededor de la columna. Tiene una reja que resguarda la cruz, y sobre ella hay grabada esta leyenda: "Este es el santo Cristo que hizo el cautivo con la uña".



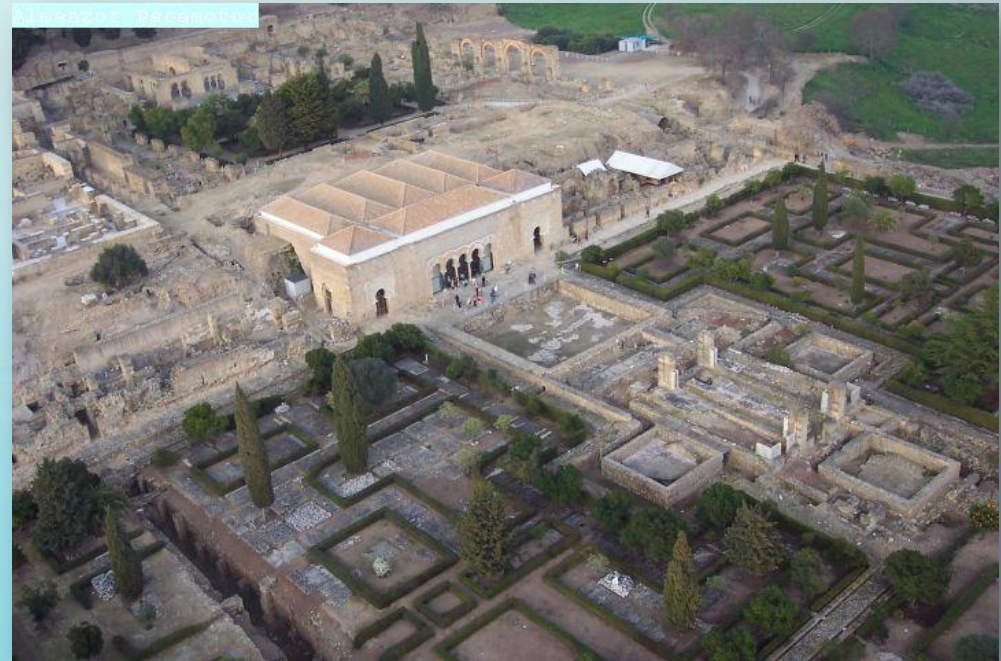
MEZQUITA-CATEDRAL. EL BUEY QUE REVENTÓ



Esta leyenda se refiere al púlpito de la Catedral que está en el lado del Evangelio, construido por el escultor francés Juan Miguel Verdiguier. Bajo el púlpito se encuentra la estatua de un hermoso buey blanco que, según la tradición, vivió en tiempos de los musulmanes (cuando se estaba construyendo la mezquita), y cuya poderosa fuerza hizo que lo obligaran a acarrear todas las columnas que se llevaron a la Mezquita para la obra. Fue tan enorme su esfuerzo, que al descargar la última columna cayó al suelo reventado y muerto en el acto. El legendario relato también alcanza a la imagen del águila del púlpito, considerada como un ave carroñera que desciende de las alturas para apoderarse de las entrañas del noble animal fallecido.

MEDINA AZAHARA. EL MONTE DE LA NOVIA

A los pies de la verde y oscura Sierra Morena, se halla el palacio de Medina Azahara (Madinat al-Zahra), la joya de Abd al-Rahmán III, al-Nasir, el Príncipe de los Creyentes. Dice la leyenda que la ciudad nació del amor que profesó el califa a su concubina Zahra, una bella muchacha con nombre de flor, quien soñó una hermosa ciudad donde se hacía realidad el placer, la belleza y la majestuosidad, y se lo contó a Abderramán III. Este quiso hacer realidad el sueño y darle el nombre de la joven, La Ciudad de la Flor de Azahar. Como ella añoraba las montañas nevadas de Granada, el califa hizo sembrar de almendros el monte, para que, cuando florecieran, la oscura sierra apareciera blanca, como si estuviera nevada.



LEYENDA DEL PALACIO DE LOS VILLALONES



En la plaza de Orive se encuentra el palacio de los Villalones, un bello edificio de estilo renacentista, donde se sitúa una de las leyendas más conocidas de la ciudad de Córdoba. En este palacio vivía Don Carlos de Unciel, Corregidor de la ciudad, viudo, que tenía una hija de 17 años llamada Blanca. Padre e hija fueron un día hasta el santuario de la Fuensanta para tomar las aguas milagrosas del pocito y rezarle a la Virgen. En el camino se les acercó una anciana harapienta de siniestro aspecto con la intención de leerle el futuro a Blanca. La joven le demostró su repugnancia y Don Carlos rechazó con energía a la vieja gitana, que, al quedar desairada farfulló entre dientes: "Ellos pagarán su orgullo con raudales de llanto que la pena les hará verter".

Pasados tres o cuatro años, llamaron a la puerta de la casa a altas horas de la noche unos judíos que venían a quejarse al Corregidor porque nadie les daba posada. Pedían que él les diera cobijo aquella noche, aunque fuera en el portal de su casa, lo que aceptó Don Carlos. La criada le comentó a Blanca lo extraño que le parecieron aquellos huéspedes y la curiosidad las empujó a espiarlos. Vieron que, sentados en corro, leían atentamente un libro a la luz de una vela amarilla y que uno de ellos pasaba muy deprisa las cuentas de un gran rosario que llevaba al cuello. Se oyó un ruido profundo, el suelo se abrió y dejó a la vista una escalera de mármol por la que bajaron los huéspedes. Al cabo de un rato volvieron a subir acompañados de un joven que traía en las manos un cofre lleno de alhajas. El desventurado joven, que había sido enterrado en vida con sus riquezas, les suplicó que lo llevaran con ellos, pero lo obligaron a bajar de nuevo la escalera. Inmediatamente apagaron la vela con la que se alumbraban y al desaparecer la luz, desapareció también el hoyo que se había abierto en el suelo. Todo quedó como si nada hubiese sucedido. A la mañana siguiente los judíos se marcharon.

Tanto Blanca como su criada miraron con atención el suelo del portal y nada raro advirtieron, hasta que la dueña vio esparcidas numerosas gotas de cera desprendida de la vela encendida por los judíos. Las recogieron con cuidado y formaron una pequeña vela. Esperaron que llegara la noche y, cuando todos descansaban, bajaron al portal y la encendieron. Inmediatamente se abrió el suelo dejando ver la escalera, por la que bajaron las dos con sigilo esperando encontrar al muchacho y los tesoros, pero no hallaron el menor rastro. Cuando la dueña vio que la vela se consumía, corrieron hacia la salida. La doncella consiguió salir, pero se apagó la vela, se cerró el suelo y Blanca quedó sepultada. La dueña empezó a gritar, acudieron el Corregidor y todos los criados, que no salían de su asombro ante lo sucedido. Llamaban a Blanca, que respondía con acento de dolor. El Corregidor hizo cientos de excavaciones, todas inútiles. Don Carlos pasó el resto de su vida llorando la pérdida de su querida hija.

Desde entonces se oyen ruidos extraños, llantos lastimeros, susurros, y una sombra misteriosa recorre por las noches toda la casa. En la fachada del palacio, sobre la puerta, se encuentra tallado, en la piedra, un medallón que representa a una mujer con los brazos abiertos. ¿Será el mudo recuerdo a la desaparición de Doña Blanca?

LA TORRE MALMUERTA

A comienzos del siglo XV, un viejo caballero del linaje de los Gómez de Figueroa se enamoró de una joven que podría haber sido su nieta. Clara de Herrera era extraordinariamente bella, noble y caritativa. La señorita se mostró receptiva a las atenciones del anciano y, ante el asombro de todos, ella aceptó. El marido sentía celos de todo el mundo, pues conocía la admiración que su mujer despertaba. Ella se dedicaba a asistir a los más necesitados, que acudían a la reja de su casa del barrio de Santa Marina. Atormentado y fuera de sí, el viejo decidió visitar a una hechicera para que le aconsejara. Ella le preparó un bebedizo que le ayudaría a ver la verdad. Tras ingerir la bebida, el viejo entró en trance y tuvo una visión de su esposa yaciendo en la cama con un joven. Muy alterado, se dirigió hacia su casa en busca de su esposa. Al encontrarla, sin mediar palabra, le asestó una puñalada en el cuello y continuó apuñalándola por todo el cuerpo hasta que la mató. El asesino fue prendido por la justicia y encerrado en espera de juicio. Dado el linaje del acusado, era el propio rey Don Enrique quien tenía la autoridad para juzgarlo. Durante el juicio, numerosos testigos de todas las condiciones sociales relataron las virtudes de Clara y la inexistencia de cualquier asomo de duda acerca de su comportamiento. Ante tan abrumadoras evidencias, el rey declaró que no había justificación alguna para su muerte, por lo que decidió que se escribiera que la mujer había sido "malmuerta" por su esposo. Habiendo quedado probado que el viejo actuó bajo los efectos de un bebedizo y que no era dueño de sus actos, fue condenado a permanecer encerrado a perpetuidad. Además, dadas las características extraordinarias de su esposa, fue condenado a restaurar plenamente su memoria, que debería quedar inmortalizada como una víctima de su injusto esposo. El rey sentenció al viejo Gómez de Figueroa a vender todas sus propiedades, a derribar la casona donde se cometió el asesinato y construir en ese mismo lugar una esbelta torre que se llamaría "de la Malmuerta". El asesino debería purgar su pena en la torre hasta la muerte. En cuanto a la hechicera, fue condenada a morir en la hoguera. Se edificó, entonces, la torre albarrana (situada extramuros) que ha pervivido a la demolición de las murallas de Córdoba en el siglo XIX.



LA CALLE CABEZAS



Los siete infantes de Lara -o de Salas- son los protagonistas de un antiguo cantar de gesta medieval que relata una disputa entre la familia de Lara y la familia de Ruy Velázquez y de su hermana Doña Sancha. En el transcurso de las bodas entre Doña Lambra y Rodrigo Velázquez de Lara, hermano de Doña Sancha, madre de los infantes, se enfrentan los familiares de la novia con los de Lara. En ese enfrentamiento resulta muerto Alvar Sánchez, primo de Doña Lambra, a manos de Gonzalo González, el menor de los siete infantes de Lara. Más adelante Gonzalo González es visto por Doña Lambra mientras se baña en paños menores, suceso que Doña Lambra, al considerarlo como una provocación sexual a propósito, interpreta como una grave ofensa. Doña Lambra, aprovechando este lance para vengar la muerte de su primo Alvar Sánchez, que no ha sido satisfecha aún, responde con otra afrenta al ordenar a su criado arrojar y manchar a Gonzalo González con un pepino relleno de sangre, ante la risa burlesca de sus hermanos. Gonzalo reacciona matando al criado de Doña Lambra, quien había ido a refugiarse bajo la protección del manto de su señora, que queda asimismo salpicado de sangre. Estos sucesos provocan la sed de venganza de Doña Lambra. Por ello, su marido, Ruy Velázquez, urde un plan por el que Gonzalo Gustioz, señor del enclave de Salas, es enviado a Almanzor en Córdoba, con una carta cuyo contenido indica que sea matado el portador de la misiva. El padre de los infantes desconoce el contenido de la carta porque está escrita en árabe. Almanzor se apiada de Gonzalo Gustioz y se limita a retenerlo preso, pues considera excesivo el sufrimiento de su cautivo, que es aliviado por la compañía de una hermana del propio Almanzor. De ambos nace un hijo llamado Mudarra. Años más tarde este hijo, aunque bastardo, vengará, matando a Ruy Velázquez, el crimen cometido contra sus hermanastros, ya que los siete hermanos de Lara habían sido dirigidos hacia una emboscada en Soria ante tropas musulmanas en la que, a pesar de su valor, son decapitados y sus cabezas remitidas a Córdoba por órdenes de su tío Ruy Velázquez. Allí serán contempladas dolorosamente por su padre, Gonzalo Gustioz, en uno de los *plantos* más emotivos de toda la epopeya castellana. Dice la leyenda que las cabezas de los siete infantes de Lara, muertos en Soria, fueron expuestas en los arcos de la calleja que hoy lleva su nombre.

EL SANTUARIO DE LA FUENSANTA

En la primera mitad del siglo XV vivía en el barrio de San Lorenzo, junto a la puentezuela, un cardador de lana llamado Gonzalo García, a quien su escaso jornal no bastaba para sostener a su esposa e hija, la primera paralítica y la segunda demente, imposibilitadas de ayudar a contribuir con su trabajo a los gastos de la familia. Desesperado con tan triste situación, y no sabiendo qué determinación tomar, salió un día por la puerta de Baeza hacia el arroyo de las Peñas o las Piedras, que es el de la Fuensanta, y hacia el sitio que aún se denomina de las Moras, a causa de la abundancia de estas frutas. Iba Gonzalo hacia allí cuando se le acercaron dos hermosas jóvenes y un muchacho. La primera le dijo: "Gonzalo, toma un vaso de agua de aquella fuente, y con devoción dalo a tu mujer e hija y tendrán salud". Sorprendido, pensó que sus favorecedores serían la Virgen María y los patronos de Córdoba, San Acisclo y Santa Victoria, lo que confirmó el joven diciéndole: "Haz lo que te manda la Madre de Jesucristo, que yo y mi hermana Victoria, como patronos de esta ciudad, lo hemos alcanzado de la Virgen Santísima". Así lo hizo y su mujer y su hija curaron.

Veinte años habían transcurrido desde aquel suceso cuando un ermitaño enfermo se decidió también a beber de las aguas de la fuente, y con ellas recuperó la salud. Una noche, la del 8 de septiembre, oyó cierta voz que le reveló que en el tronco de aquel cabrahígo donde había manado el agua milagrosa se encerraba una imagen de la Virgen, depositada en un hueco en tiempos de la persecución de los cristianos. El ermitaño corrió al día siguiente a presentarse al obispo de Córdoba, don Sancho de Rojas y, contándole lo ocurrido, este hizo cortar el árbol. En su interior fue hallada la imagen que hoy llamamos de Nuestra Señora de la Fuensanta. En el lugar donde manó la fuente está el Pocito, que mandó construir el obispo, y junto a él, el Santuario dedicado a la Virgen.



LA CRUZ DEL RASTRO



Cuentan que Córdoba en el año 1473 se debatía en guerras civiles entre los distintos bandos de la nobleza o entre algunos de estos y el propio poder real; y el odio a los judíos iba creciendo, preparando el camino de la expulsión definitiva en 1492. Se había fundado poco antes, en el franciscano convento de San Pedro el Real – hoy Parroquia de San Francisco– la Hermandad de la Caridad, que solo aceptaba a cristianos viejos.

En 1473 celebraba esta hermandad una procesión y al llegar a la Herrería –nombre que recibía uno de los tramos de la calle Cardenal González, hoy Corregidor Luis de la Cerda- una niña dejó caer desde la ventana de la casa de un converso (judío que se había convertido al cristianismo) un lebrillo lleno de aguas residuales sobre una enjoyada imagen de la Virgen. Aunque arrojar a la vía pública los desperdicios era una práctica muy habitual en la Córdoba de entonces, no se investigó si el hecho había sido accidental o intencionado, pero bastó para que los cristianos viejos lo convirtieran en una declaración de guerra contra los hebreos que, en buen número, todavía habitaban la ciudad. Dirigió la revuelta un fanático herrero del barrio de San Lorenzo y, tras varios días de pillaje, saqueos y asesinatos, el alcalde mayor acabó con los sublevados, que se habían hecho fuertes en varias zonas de la ciudad y, sobre todo, en el Rastro. Para recordar a todos los que perdieron su vida en este lugar, se colocó la Cruz del Rastro al bajar la llamada por todos los cordobeses calle de la Feria, cuyo nombre oficial es San Fernando, en el punto en que cruza con La Ribera.

LA POSADA DEL POTRO

Cuentan que un posadero, en tiempos del rey Pedro I, alojaba a los huéspedes importantes en una habitación de la posada alejada del resto de las estancias, con el pretexto de evitarles molestias y que, pasando por Córdoba un capitán que se dirigía a Sevilla, se alojó en dicha posada. Cuando este capitán se retiraba para dormir, guiado por el posadero, una misteriosa dama, a quien apenas pudo ver, le aconsejó que no durmiera.

El militar permaneció despierto, meditando acerca del aviso de la bella joven que parecía hija del mesonero, aunque sus finos modales lo desmentían. La noche era fea, el viento y el agua azotaban las ventanas hasta que lograron abrirlas; había truenos y relámpagos y la única luz se apagó. Le parecía ver mil fantasmas y oyó como si abrieran una puertecilla. Entonces se retiró a un rincón y sacó su espada. No oía nada, pero sus ojos se dirigían a todos los rincones por si a la luz de los relámpagos lograba divisar algo. Por fin, bajo el lecho vio la figura del mesonero que asomaba por una trampa del suelo, observándolo y esperando para ver si estaba dormido.

Furioso, se arrojó por una ventana al corralillo. Allí, casualmente, estaba la muchacha que le había advertido; lo empujó fuera del mesón y le dijo que fuera a Sevilla y le contara al rey lo que allí pasaba. A los cinco días fue recibido por Pedro I en el Alcázar y éste le prometió averiguar lo que ocurría, jurándole que, si descubría algún delito, el mesonero sería ejemplo para los de su clase. Cuando el rey llegó al mesón, mandó recorrerlo todo ante el espanto del mesonero. Hallaron la trampa bajo el lecho en el que alojaba a los viajeros ricos y encontraron a la joven que pedía venganza. Desenterraron multitud de cadáveres y encontraron numerosas alhajas y ropas robadas a los desgraciados huéspedes. De uno de ellos era hija la joven que se interesó por el capitán.

El rey, actuando con gran furia, agarró al mesonero del cuello y lo hizo salir a mitad de la plaza. Ordenó a unos verdugos que le ataran las manos a la reja de la posada y amarraran dos potros a los pies del hombre. Después azotaron a los caballos para que galoparan y lo despedazaran. Un grito de horror surgió de la gente, pero el rey amenazó con hacerle lo mismo al que pronunciase una palabra.

Momentos después, los brazos del hombre colgaban de las rejas y los caballos arrastraban el cuerpo por las calles cercanas. Don Pedro entregó al capitán como esposa a la bella joven, con todas las riquezas que allí se encontraban, y prometió al Corregidor que, si tenía que volver allí para administrar justicia, le haría a él lo mismo que mandó hacer con el mesonero.

